



Agricultura tradicional y biodiversidad

Aliados naturales

**Celsa Peiteado
Morales**
WWF-España
cpeiteado@wwf.es

Durante siglos la agricultura tradicional, conviviendo en equilibrio con el medio, ha modelado la tierra, creado varios paisajes y conservado razas, variedades autóctonas y especies salvajes hoy en desaparición. La importancia de este modelo de agricultura para la conservación de la biodiversidad viene avalada por los casi 5 millones de hectáreas de tierras cultivadas localizadas en la Red Natura 2000 (la iniciativa europea más importante y ambiciosa para la conservación de hábitats y especies salvajes) o la ingente superficie (aún por determinar) de los llamados Sistemas Agrarios de Alto Valor Natural (SAVN) con los que contamos en nuestro país.

Sin embargo, si uno echa un vistazo al campo, verá menos pastores con rebaños y observará que cada vez escasean más los cultivos tradicionales, como legumbres o cereales en secano. Apreciará cambios irreversibles en el paisaje agrario, en su día conformado por barbechos, mosaicos y rotaciones de sembrados, con vegetación natural en las lindes, que han sido sustituidos por grandes superficies de monocultivos intensivos o, lo que es peor, sometidos al abandono o urbanizados.

Este modelo tradicional de agricultura y ganadería, de estepas cerealistas de secano, pra-

dos y pastos con ganadería extensiva o dehesas, está en riesgo de desaparición. Los motivos son varios, quizás el principal sea la falta de apoyo por parte de la Política Agraria Común (PAC), una política que ha incentivado en los últimos años un modelo de producción intensivo que ha dejado de lado a la agricultura tradicional, ligada al territorio. A esta falta de apoyo de la política europea comunitaria se le unen además ciertas incertidumbres a las que debe hacer frente el sector agrario en su conjunto, como la creciente liberalización del mercado mundial o las nuevas demandas de los consumidores en materia de calidad o respeto al medio ambiente.

En el plano ambiental, no son menores los retos. A la necesidad de adaptarse y contribuir a la lucha contra el cambio climático se une la creciente preocupación por la pérdida de biodiversidad o por el deterioro de los recursos naturales (suelo y agua) de los que la propia actividad agraria depende.

Así, el reciente informe sobre *La economía de los ecosistemas y la biodiversidad* (TEEB, 2009) destaca que si no cambiamos la forma en que gestionamos los recursos naturales, en 2050 el 11% de las zonas naturales existentes en el 2000 desaparecerán por conversión de los terrenos para uso agrario, expansión de las in-



▼
Un medio ambiente sano se constituye como aliado fundamental de la agricultura sostenible, proporcionando fauna que permite el control natural de plagas, o suelo y agua de calidad para asegurar el futuro de las cosechas

fraestructuras y el cambio climático. Por si fuera poco, este informe señala además que el 40% de la tierra actualmente gestionada mediante prácticas extensivas habrá pasado a un uso intensivo, con la consiguiente pérdida de biodiversidad.

Si a esto le añadimos el hecho de que la gestión sostenible en las explotaciones agrarias no siempre es rentable para el agricultor (porque el precio que se paga por el producto no incluye el respeto al medio ambiente como valor añadido), completamos el panorama al que se enfrenta el sector agrario hoy en día.

Afortunadamente, son cada vez mayores las voces que comienzan a cuestionar el actual modelo agrario, basado fundamentalmente en el apoyo a las explotaciones más intensivas y a la agroindustria, dada su fuerte incidencia sobre los recursos financieros, la saturación de los mercados agrícolas, sus impactos ambientales y su incapacidad para fijar población en muchas zonas rurales o para proporcionar precios justos a agricultores y ganaderos.

Cada vez es más evidente que este modelo intensivo, desvinculado del territorio e incluso, en muchos casos, de los propios agricultores, es en muchos casos responsable de impactos negativos sobre el medio ambiente, como la sobreexplotación de los recursos hídricos o la desaparición de especies ligadas a prácticas agrarias extensivas.

Y es ante esta situación donde la agricultura y ganadería tradicional extensiva, respetuosa con el entorno, debe resurgir, ocupando el lugar que le corresponde por su alto potencial para contribuir a los objetivos ambientales y territoriales de la Unión Europea (UE).

No hay mejor momento que el actual (Año Internacional de la Biodiversidad) para reivindicar el papel de la agricultura tradicional como elemento clave para la protección del medio ambiente. Es éste un modelo de agricultura que, además de producir alimentos de calidad y fijar población en el medio rural, es capaz de generar un conjunto de bienes y servicios que son apreciados por la sociedad (como la conservación de paisajes típicos o el mantenimiento de especies en extinción), pero que no tienen valor de mercado, y cuyo suministro es, sin embargo, necesario y urgente asegurar. Un ejemplo de ello, como veremos más adelante, son las explotaciones de la Red Natura 2000 o las que conforman los ya citados Sistemas Agrarios de Alto Valor Natural (SAVN).

Pero esta relación agricultura/medio ambiente es recíproca. A su vez, un medio ambiente sano se constituye como aliado fundamental de la agricultura sostenible, proporcionando fauna que permite el control natural de plagas, o suelo y agua de calidad para asegurar el futuro de las cosechas.

Y si bien este artículo se centra en los valores ambientales de la agricultura extensiva tradicional, no hay que olvidar que todos los agricultores y ganaderos, independientemente de las características de sus explotaciones, tienen un papel clave que jugar en temas ambientales. La producción ecológica o el empleo de las últimas tecnologías para la buena gestión del agua, en el caso del regadío, no son patrimonio exclusivo de unos pocos. De su generalización depende la buena gestión del territorio y los recursos naturales del planeta. Hay muchos modelos de agricultura, muchas posibilidades, sepamos aprovecharlas.

Red Natura 2000: de la amenaza a la oportunidad

Natura 2000 es una red ecológica europea que busca conservar y recuperar hábitats y especies en peligro. Lejos de ser un simple catálogo de espacios valiosos, la Red Natura 2000 es una poderosa herramienta para poner en valor la gestión sostenible del territorio. Contrariamente a lo que se piensa, no es un sistema de reservas naturales sujetas a una protección estricta en las que está prohibida toda actividad humana. Si muchas zonas agrícolas o ganaderas han sido incluidas dentro de la Red Natura 2000 es porque las prácticas que se realizaban tradicional-

▼
La Red Natura 2000 puede convertirse en motor del desarrollo rural en zonas donde la agricultura tradicional no puede competir con modelos más intensivos, pero alejados de los valores que la primera presenta



mente en ellas han contribuido a conservar el buen estado de los ecosistemas o especies en extinción.

Así lo señala el último informe de la Comisión Europea sobre la aplicación de las directivas de aves y hábitats. En dicho informe se destaca que el 48% de los hábitats de interés y el 30% de las especies se encuentran amenazados por la actividad agrícola intensiva, y que, en contraposición, el 80% de los hábitats dependientes de la agricultura extensiva se encuentra en estado de conservación desfavorable, motivado por el abandono de la actividad o por la intensificación en las prácticas agrícolas o ganaderas.

Bien aprovechada, la Red Natura 2000 puede convertirse en motor del desarrollo rural en zonas donde la agricultura tradicional no puede competir con modelos más intensivos, pero alejados de los valores que la primera presenta. España, con más de un 25% del territorio nacional declarado como Natura 2000, tiene un importante papel que jugar (más aún cuando prácticamente la mitad de dicha superficie son tierras de cultivo). Todo depende de si sabremos aprovechar Natura 2000 como una oportunidad, poniendo en valor frente a la sociedad la gestión agraria sostenible, y no como una amenaza.

Sistemas Agrarios de Alto Valor Natural (SAVN): cuando medio ambiente y agricultura van de la mano

Los Sistemas de Alto Valor Natural (SAVN) no son más que explotaciones con prácticas agrarias o forestales extensivas adaptadas a las condiciones naturales del medio. La combinación de estas prácticas, junto con la conservación de ve-

getación natural en lindes, sotos o bosquetes, y la heterogeneidad de cultivos que los caracteriza, han dado lugar a sistemas con rendimientos bajos e irregulares, pero sostenibles a lo largo del tiempo, desempeñando además un importante papel para la conservación de la flora y fauna silvestres.

En el caso del sector agrario, algunos ejemplos característicos de estos sistemas son las explotaciones agrosilvopastorales con bajas cargas ganaderas (como las dehesas o los prados y pastos con ganadería extensiva). En zonas cultivadas, el SAVN más conocido es quizá el de las estepas cerealistas, que, con prácticas como la rotación de cultivos o el barbecho sembrado, benefician a la biodiversidad, además de conservar la fertilidad del suelo o la calidad de las aguas. El mantenimiento de la vegetación natural en las lindes les permite actuar como corredores ecológicos, facilitando la dispersión de las especies y su adaptación al cambio climático.

Desde el punto de vista agronómico, también son múltiples las ventajas que presentan los SAVN. Así, los setos vivos actúan de barrera contra el viento y la lluvia, frenando procesos de erosión que empobrecen los suelos o perjudican la cosecha, además de proporcionar alimento y cobijo a fauna útil que permite el control natural de plagas. Su menor dependencia de fertilizantes y fitosanitarios compensa, por otra parte, su menor productividad.

Sus valores ambientales son recogidos por la propia UE, que, en su estrategia para frenar el declive de la biodiversidad, reconoce la importancia de los SAVN al complementar a la Red Natura 2000 en el objetivo de frenar la acuciante pérdida de biodiversidad que vivimos en estos momentos.



A las ventajas de carácter ambiental y agronómico señaladas hay que añadirle el mayor potencial de los SAVN para proporcionar fuentes de ingresos alternativos, dado el carácter diversificado y de calidad de sus producciones y los valores ambientales, paisajísticos y culturales asociados a ellos. Asimismo, al requerir una gestión ligada al territorio, favorecen el desarrollo de la economía local, lo que es muy interesante en zonas desfavorecidas acosadas por el despoblamiento, donde gran parte de estos sistemas se ubican.

Pero ante estas bondades, nos encontramos con que la gestión ambientalmente sostenible de este tipo de sistemas no siempre produce un nivel de ingresos aceptable para los agricultores y ganaderos. Sus rendimientos no se pueden comparar con los de las explotaciones intensivas (menor cosecha, fructificación más lenta...) con las que compiten (en muchos casos, en situación de desigualdad). Por ello, a pesar de haber constituido durante siglos estos sistemas de agricultura extensiva la forma de gestión de tierras más extendida por el planeta, hoy se encuentran en grave regresión acosados bien por el abandono, bien por la intensificación.

Es, pues, necesario un apoyo decidido a aquellos agricultores y ganaderos que, con prácticas sostenibles, conservan estos SAVN, reconociéndoles los servicios (no sólo ambientales) que prestan. Es clave el apoyo público a estos sistemas, pero sin olvidar, además, el papel que como consumidores todos podemos jugar, eligiendo en nuestra opción de compra los alimentos procedentes de estas explotaciones (legumbres de variedades autóctonas, carne de gana-

dería extensiva, productos locales de temporada...), más aún cuando forman parte de la saludable dieta mediterránea (no sólo nuestro paladar nos lo agradecerá).

Trashumancia: naturaleza en movimiento

Quizás el paradigma de cómo una actividad agraria, en este caso ganadera, puede contribuir a la conservación de la naturaleza es el caso de la trashumancia. Por sus especiales características, esta actividad merece una mención especial respecto a su contribución a la conservación de la biodiversidad y los recursos naturales. Más aún dada la delicada situación que atraviesa el sector de la ganadería extensiva en general y la trashumante en particular.

Todo comienza con el movimiento de los rebaños a lo largo de los miles de kilómetros de vías pecuarias que cruzan España de norte a sur y que constituyen auténticos corredores ecológicos, también para la fauna salvaje. A esto se le suma la alta eficiencia de esta ganadería para aprovechar superficies pastables, consumiendo recursos que no compiten con la alimentación humana (como rastrojos o pastos). Esto permite a los rebaños ser prácticamente autosuficientes, no dependiendo su alimentación de piensos importados que, dado su elevado precio, están poniendo en jaque la rentabilidad de las explotaciones ganaderas más intensivas.

Puesto que el movimiento de los rebaños se hace a pie, existe además un ahorro de combustibles fósiles. Asimismo, como las fechas de los traslados son flexibles, dependiendo de la disponibilidad de pastos en los lugares de destino, les permite una mayor capacidad de adaptación al cambio climático. Por si fuera poco, los animales van dispersando a su paso las semillas ingeridas a lo largo del camino, facilitando la propagación de la flora silvestre y mejorando, además, la fertilidad del suelo con el estiércol y los restos vegetales que incorporan con sus patas.

Otra importante contribución (en este caso no exclusiva de la ganadería trashumante, sino de toda la extensiva) es el control de la materia fácilmente combustible, previniendo incendios forestales. En primaveras lluviosas es fundamental mantener la cabaña ganadera extensiva, ya que es uno de los métodos más eficientes en la lucha contra el fuego (ver artículo de Elsa Varela y Javier Ruiz Mirazo en este anuario).

Y de nuevo, a todos estos beneficios ambientales hay que sumar los socioeconómicos. La cul-

▼
Cada vez está más claro que la agrobiodiversidad es una de las herramientas más poderosas con las que cuentan los agricultores y ganaderos para responder a situaciones climatológicas adversas, así como a plagas o enfermedades

tura trashumante tiene en España una historia de más de 6.000 años, conservando prácticas de manejo tradicional del ganado (tales como el empleo de perros pastores para organizar y proteger al rebaño) hoy desaparecidas en la ganadería intensiva. El carácter familiar de la actividad es quizás otro de los aspectos destacables: las familias trashumantes se organizan compartiendo labores y responsabilidades, transmitiendo el oficio de generación en generación. Tampoco hay que olvidar los productos de calidad que proporciona la trashumancia, y que no son sólo pequeñas joyas de la gastronomía local, sino parte de nuestro acervo cultural.

Por todo esto, creo que no podemos permitir que los pastores trashumantes desaparezcan de nuestros campos. Actualmente existen en España poco más de 300.000 cabezas de ganado trashumante, frente a los cinco millones con los que contábamos el siglo pasado. A pesar de ser un ejemplo de sostenibilidad, las familias trashumantes cada vez encuentran más impedimentos para mantener su actividad. Habrá que allanar el camino, mejorando el estado de las vías pecuarias y liberándoles de las excesivas trabas burocráticas (relacionadas en muchos casos con las normativas de sanidad animal o con los requisitos de la política europea comunitaria no adaptados a las especiales características del sector). En nuestra mano queda, además, valorar el trabajo que hacen estos ganaderos, no sólo de carácter productivo, sino también desde el punto de vista ambiental y social.

Agrobiodiversidad: la alegría de la huerta y el corral

Es necesario de nuevo remitirse al Año Internacional de la Biodiversidad para recordar que biodiversidad también es lo que nos llevamos al pla-

to (la agrobiodiversidad), siendo fundamental el papel que juegan la agricultura y la ganadería extensivas en la conservación de razas y variedades autóctonas.

Durante años, la intensificación de las producciones agrícolas y ganaderas y la introducción de variedades y razas seleccionadas han desplazado a cultivos y razas autóctonas, relegándoles en muchos casos a la extinción. La situación es tal que, según recoge la FAO, en el último siglo han desaparecido hasta el 90% de las variedades cultivadas y unas 690 razas. Desde el inicio de la agricultura, hace 12.000 años, se han empleado como alimentos, aproximadamente, 7.000 especies de plantas y varios miles de especies animales; sin embargo, durante los últimos cincuenta años, un pequeño número de variedades de cultivos agrícolas ha reemplazado a las variedades locales en amplias áreas de producción. Hoy, sólo 15 tipos de cultivos y ocho razas animales aportan el 90% de los requerimientos calóricos de la alimentación mundial.

Algunos datos destacables sobre esta pérdida de agrobiodiversidad en España son recogidos por García Trujillo (investigador del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba), quien señala cómo, entre 1973 y 1983, desapareció el 40% de las variedades de melón y cómo de las más de 5.000 variedades de cereales existentes en España quedan hoy apenas 300. Desafortunadamente, el mismo camino están siguiendo numerosas variedades de hortalizas, leguminosas y frutales.

En cuanto a las razas autóctonas, la situación es similar. Razas ganaderas como la oveja rubia de Colmenar o las vacas tudanca han quedado relegadas a un papel minoritario. Así, citando de nuevo a García Trujillo, del total de razas autóctonas reconocidas en la actualidad, el 78% está bajo protección oficial por su bajo número. Paradójicamente, España cuenta con un amplio abanico de razas autóctonas de extraordinario valor genético, que aprovechan racionalmente los recursos vegetales y contribuyen a la conservación de determinados ecosistemas y al control de la biomasa combustible en las zonas forestales. Estas razas, gracias a la selección natural realizada por los propios ganaderos durante siglos, están adaptadas a nuestros suelos y a la rudeza de nuestro clima.

Afortunadamente, cada vez está más claro que la agrobiodiversidad es una de las herramientas más poderosas con las que cuentan los agricultores y ganaderos para responder a situaciones climatológicas adversas, así como a plagas



o enfermedades. Sus menores requerimientos de insumos externos o su facilidad de manejo en el caso de los animales permiten, además, un abaratamiento en los costes de producción.

Pero sus ventajas van más allá, al proporcionar una amplia variedad de proteínas, vitaminas o minerales, claves para una dieta sana y equilibrada. El mayor valor nutritivo de estas razas y cultivos autóctonos frente a especies comerciales es también destacado por la FAO, organismo internacional que en sus informes señala, además, cómo la tendencia a simplificar la dieta está aumentando el hambre oculta y provocando enfermedades crónicas.

Tras lo expuesto, queda claro que la conservación y la utilización sostenible de los recursos agrogenéticos es fundamental para mejorar la productividad y la sostenibilidad de la agricultura, contribuyendo, además, de manera efectiva a la seguridad alimentaria.

que el papel central lo juegan agricultores y ganaderos vinculados al territorio, como no podía ser de otra manera, ya que es la vía para fijar población en el medio rural y preservar la cultura campesina evitando su olvido.

Sepamos para ello aprovechar los valores ambientales como una oportunidad y no como una amenaza, trabajando todos juntos en alianza, pues son muchas más las cosas que nos unen que las que nos separan. ■

▼ Referencias bibliográficas

- GARCÍA TRUJILLO, R. "Biodiversidad Funcional". Instituto de Sociología y Estudios Campesinos. Universidad de Córdoba.
FAO (2007), *La agricultura y desarrollo rurales sostenibles y la agrobiodiversidad*, Sumario de Política, 16.
TEEB (2009), *The economics of ecosystems and biodiversity (TEEB) for national and international policy makers*.

Conclusiones

En este breve artículo se ha pretendido señalar el papel estratégico que puede y debe jugar la agricultura y ganadería tradicionales en la conservación de la biodiversidad y los recursos naturales, así como los beneficios que un medio ambiente sano reporta a su vez a la actividad agraria.

Además de WWF, somos muchas las organizaciones que apostamos por la necesidad de retomar un modelo agrario que, además de producir alimentos sanos y de calidad, permita mantener la actividad agrícola y ganadera que genera Sistemas de Alto Valor Natural (SAVN) y que conserva los recursos naturales de los que depende la propia actividad del sector. Es éste un modelo en el